

ta las mismas rocas en que Júpiter encadenara á Prometeo (1).

El Ciro limita la Albania por el Sur. A mediados de diciembre, cuarenta mil albaneses pasaron el río con la intención de sorprender los tres campamentos; pero en todas partes fueron rechazados, y pasando Pompeyo mismo el Ciro á la vuelta de la primavera (65) atravesó la Albania y penetró en la Iberia que ni los persas ni Alejandro habían domado.

Plutarco afirma que en estas expediciones hubo de arrosar Pompeyo bravamente muchas penalidades: es más probable que lo que nos cuenta de las amazonas. «Descendieron, dice, de las montañas vecinas para combatir con aquellos pueblos, entre los cuales venían á pasar dos meses todos los años.» Yendo al Cáucaso, había salido Pompeyo de las tierras históricas de la república romana para entrar en la región de las leyendas.

Vencidos aquellos pueblos, tocaba ya al Faso cuya embocadura ocupaba uno de sus tenientes con la flota del Ponto, cuando una sublevación de los albaneses le hizo volver atrás. Después de castigarlos rudamente, quiso llegar hasta el mar Caspio; mas la falta de guías, la dificultad de los lugares y la noticia de una nueva tentativa de los partos contra la Gordiena, le hicieron volver á Armenia; pero no hizo más que atravesarla para ganar á Amisos, donde durante el invierno, tuvo como un rey de Oriente una corte magnífica. Rodeado de caudillos bárbaros y de embajadores de todos los príncipes del Asia, Pompeyo distribuía los mandos y las provincias, concedía ó rehusaba la alianza de Roma, trataba con los medos y los elimeos, celosos de los partos, y rehusaba á Fraates el título de rey de los reyes.

En cuanto á Mitrídates, relegado allá en regiones impracticables, donde parecía imposible perseguirlo, se hacía olvidar, como muerto, y el afortunado procónsul, poco ganoso de ir á arriesgar su gloria en una guerra sin brillo entre los bárbaros de las costas septentrionales del Euxino, pensaba ya en otras más fáciles conquistas. Había casi tocado el Cáucaso y el mar de Hircania, y quería llegar aun al mar Rojo y al Océano Indico, tomando de paso posesión de la Siria que Tigranes había abandonado.

En la primavera del 64, después de haber organizado el Ponto en provincia, como si efectivamente hubiera muerto Mitrídates, y dejado un crucero en el Euxino, pasó el Tauro. La Siria estaba en el más deplorable estado. Antíoco XIII el Asiático (2), á quien Lúculo había reconocido por rey, no había podido hacerse obedecer, y una multitud de tiranuelos se repartían las ciudades, y los itúreos y los árabes recorrían al pillaje todo el país.

Decidido Pompeyo á dar el Eufrates por frontera á la república, á pesar de la Sibila, redujo á provincia romana la Siria y la Fenicia, dejando solamente la Comágena á Antíoco, la Calcídica á un Tolomeo y la Osroena á un jefe árabe, á fin de que, dependiendo de Roma estos jefes, le guardaran las dos orillas del gran río, en el único sitio por donde los partos podían pasar. En el interior de la Siria, los itúreos (drusos) que poseían muchos castillos en medio del Líbano, fueron reducidos al silencio y al reposo con un severo castigo.

En la Palestina, los Macabeos habían conquistado gloriosamente la independencia del pueblo hebreo, y desde el año 107, uno de sus descendientes, Aristóbulo, se había he-

(1) Apian. *Mithrid.* 103. Pompeyo, en compañía del griego Teófanes, hubo de buscar seriamente la roca en que Esquilo había puesto la escena de su bella tragedia.

(2) Este Antíoco era el 17.º de los reyes Seleucidas, que habían reinado en Siria por espacio de dos siglos y medio.

cho llamar rey de los judíos. Con este título, había tomado la nueva dinastía las costumbres y la crueldad de los príncipes de aquel tiempo: Aristóbulo dió muerte á su madre, y á instigación de la reina Salomé, hizo asesinar también á su hermano Antígono. Bajo el reinado de su sucesor Alejandro Janeo, se extendió el nuevo reino desde el monte Carmelo hasta la frontera de Egipto, desde el lago de Genesaret hasta el país de los nabateos (Petra). Sólo Tolemaida (San Juan de Acre) y Ascalón, quedaron libres á orillas del Mediterráneo. Pero después de Alejandro (69), seis años de guerra civil hubieron de costar la vida á cincuenta mil judíos; y la contienda entre saduceos y fariseos conmovió mucho el Estado. Preocupados éstos, sobre todo, de la ley y de las prácticas religiosas, y aquéllos de la grandeza nacional, formaban dos bandos profundamente divididos (3).

Los fariseos triunfaron de sus adversarios en tiempo de la regenta Alejandra, viuda de Janeo, y cometieron abominables excesos, como sucede siempre que llegan al poder los partidos político-religiosos. Otra guerra civil sostenida por los dos hijos de Alejandra, el débil Hircán II y el enérgico Aristóbulo, trajo nuevas peripecias. Hircán fué derribado de su trono; pero los fariseos llamaron al extranjero, prometiendo al rey de los árabes nabateos devolverle las conquistas de Janeo, y Aretas, al frente de cincuenta mil hombres, vino á cercar á Aristóbulo en Jerusalén.

Un cuestor de Pompeyo, Emilio Escauro, estaba á la sazón en Damasco, y los dos pretendientes le ofrecieron cuatrocientos talentos por su apoyo. Hircán había prometido ya mucho al caudillo nabateo, y no podía cumplir sus promesas hasta después de la victoria; Aristóbulo pagaba al contado: Escauro se declaró por él, y escribió á Aretas diciéndole en son de amago que sería tenido por enemigo del pueblo romano, si no se retiraba con sus tropas luego al punto; y ante la amenaza de la cólera de Roma, el caudillo árabe se retiró (64).

Cuando Pompeyo llegó, quiso examinar el negocio por sí mismo y citó á los dos hermanos á su presencia en Damasco (64-63). Aristóbulo puso en juego con el procónsul el medio que fué tan eficaz con su teniente, y envió á Pompeyo una vid de oro, que no valía menos de quinientos talentos, no sólo por su preciosa materia sino también por su artística labor; pero esta vez sin ganar su causa. Pompeyo, que quería ir á Jerusalén, donde todavía no había entrado ningún general romano, despidió á los dos hermanos competidores, aplazando su decisión para después de haber castigado á los nabateos.

Esta aparente imparcialidad no le tenía cuenta á Aristóbulo que había creído colocar mejor su dinero. Retiróse, pues, á sus castillos y algunos días después consintió en entregarlos; luego levantó tropas y después las licenció yendo á encerrarse á Jerusalén, de donde lo sacó Pompeyo con pretexto de una conferencia. Los partidarios de Hircán abrieron las puertas de la ciudad al procónsul, que cercó á los de Aristóbulo en el templo, sosteniendo el cerco por espacio de tres meses. Un asalto, en el cual Cornelio Sila, hijo del dictador, fué el primero que subió al muro, le entregó la plaza. Los romanos no dieron cuartel y más de doce mil judíos fueron pasados á cuchillo al rededor del templo. Durante la matanza, los sacerdotes oficiaban en el altar sin olvidar una sola prescripción de sus antiguas leyes (4), y su sangre se mezcló con la de las víctimas. Pom-

(3) Los fariseos han tenido siempre muy mala fama. M. Cohen (*Los Fariseos*, 2 tom. 1877) ha acometido la grande empresa de justificarlos. Los fariseos del Nuevo Testamento no eran sino los exagerados ó hipócritas del partido.

(4) Josefo, *Antiq. Jud.* XIV, 4, 3.

peyo penetró en el *Sancta-Sanctorum*, donde sólo el Sumo Sacerdote podía entrar una vez al año; pero respetó los vasos sagrados y aun los tesoros del templo, que ascendían á dos mil talentos. Restablecido Hircán en el soberano pontificado, á condición de renunciar al título de rey y á la diadema, todavía quedó sujeto á pagar un tributo anual y á restituir á la Siria las conquistas de los Macabeos con las ciudades marítimas de Jope, Gaza, etc. Era como un camino militar que Pompeyo abría á las legiones hacia Egipto (1).

Si la Judea no estaba agregada á la provincia, iba á caer en aquella condición de semi-servidumbre, por la cual hacía pasar Roma á los pueblos que no habían perdido enteramente el amor á la patria. Los fariseos habían ganado, pues, la causa. El reinado judío no era ya más que una sombra, pero de la gloriosa obra de los Macabeos no quedaba ya nada.

En cuanto á los nabateos, Pompeyo envió á su teniente M. Escauro en su persecución y castigo; pero Escauro no pasó de Petra, defendida por pavorosos desiertos. Aretas, sin embargo, quería conservar á Damasco, cuyos habitantes lo habían llamado para defender su comercio, y M. Escauro estaba al alcance de los romanos. Aretas compró la paz, de modo que Pompeyo pudo ponerlo en el número de los reyes que había vencido.

Durante estas operaciones, la fortuna trabajaba también por Pompeyo en el Bósforo Cimerio. Mitrídates, á quien se daba por muerto, ó á lo menos reducido á vivir la azarosa vida del aventurero, reapareció de pronto con un ejército en la Fanagoria á orillas del Bósforo, á fin de pedir cuenta á su hijo Macarés de una corona, del valor de 1,000 piezas de oro, que había enviado á Lúculo en solicitud de que lo pusiera en el número de los aliados de Roma. Macarés sabía muy bien que su padre era implacable: quiso huir, y ya estaba cercado; entonces se dió la muerte.

Mitrídates, pues, tenía un reino aún: ni la edad ni los reveses de la fortuna habían quebrantado aquella alta ambición. La flota de los romanos le cerraba la mar, y el Asia les estaba sometida; pero quedábale un camino. Hasta en el fondo de la Tracia, conocían los pueblos su nombre y su estandarte: irá pues á ellos y á su voz se levantarán en armas, y él los arrastrará en son de guerra, y remontará el valle del Danubio hasta la Galia, cuyos bravos y belicosos indígenas multiplicarán sus filas, y desde lo alto de los Alpes precipitará sobre Roma el torrente de las bárbaras naciones. No habla ya más que de los brenos galos y de Aníbal, y con su actividad ordinaria prepara la ejecución de sus proyectos.

Pero sus proyectos hubieron de traspasar, y sus soldados y oficiales retrocedieron ante tantos peligros y fatigas. Uno de ellos, Castor, da el ejemplo apoderándose de Fanagoria, donde se encierra. Su mismo hijo, Farnaces, conspira contra él. El padre lo perdona; pero el traidor no puede creer en esta clemencia, y gana á los tráfugas romanos, que más que todos se espantan de expedición tan gigantesca. Muy luego se hace general la defección. Mitrídates quiere salir al encuentro de los rebeldes; pero su escolta lo abandona. Vuelve á su palacio y desde lo alto de los muros ve y oye proclamar por rey á su hijo. Mensajes dirigidos á Farnaces quedan sin contestación: teme que se añada el crimen á la vergüenza, y para no ser entregado á los romanos, toma un veneno, pero en vano; el licor mortífero

(1) Josefo dice, en efecto (*Antiq. Jud.* XIV, 8), que Pompeyo dejó á Escauro el gobierno de la Siria inferior hasta el Eufrates y las fronteras de Egipto.

no produce en él ningún efecto. Procura entonces traspasarse con su espada; pero su mano lo engaña también, hasta que por fin un galo hubo de prestarle este último servicio (63).

Tenía Mitrídates sesenta y ocho años, y por espacio de medio siglo había ocupado la escena de la historia, de donde salió de esta manera trágica. Puede decirse con Racine: «Sus solos reveses hicieron casi toda la gloria de tres de los más grandes capitanes de la república: Sila, Lúculo y Pompeyo.»

Bajo los muros de Jericó estaba Pompeyo, cuando supo que el mayor enemigo de Roma, después del héroe de Cartago, había sucumbido á la traición, como Aníbal y Filopémenes. Tomada Jerusalén, volvió á Amisos del Ponto, adonde Farnaces, por otra vergonzosa traición, le envió con magníficos presentes, el cuerpo de su padre, vestido ricamente á la usanza del Bósforo. Estaba desfigurado, pero podía reconocérsele aún por las cicatrices que surcaban su rostro. Pompeyo lo hizo enterrar honrosamente en Sínope, en el sepulcro de sus mayores.

III. — REORGANIZACIÓN DEL ASIA ANTERIOR (63).

En el Asia Menor la vida está en las costas. A lo largo del litoral del Euxino, las ciudades estaban menos próxi-



Moneda de Escauro (2)

Moneda de Aretas (3)

mas que á orillas del mar Egeo; pero había allí tierras tan fértiles como aquí Pompeyo dejó la parte montuosa y árida de la Paflagonia interior al príncipe Atalo, que se decía oriundo de la raza de los Pileménidas, los antiguos reyes del país, y comprendió en la Bitinia la fértil región que descende al Euxino, entre el Sangario y el Halis, con algunos distritos del Ponto, al Este del último de estos ríos. La gran ciudad griega de Amisos, situada en medio de esta comarca, parece haber recibido guarnición como puesto avanzado de la dominación romana.

Aunque Pompeyo no se hubiera atrevido á llevar más lejos hacia el Este el dominio de la república, tuvo interés en conservar el recuerdo de sus victorias sobre Mitrídates dando á la nueva provincia el doble nombre de Ponto y Bitinia.

Organizó también la provincia de Cilicia, la cual fué dividida en seis distritos: la Cilicia de las llanuras y la Cilicia de las montañas (4), la Panfilia, la Pisidia, la Isauria y la Licaonia, á las cuales se añadieron los territorios frígios de Laodicea, Apamea, Síada y después (58) la isla de Chipre. Tarso era la capital, *caput Ciliciae*. Las cartas de Cicerón nos dan á conocer las ciudades en que el gobernador debía tener sus audiencias de justicia (*conventus iuridici*): Tarso para la Cilicia Campestre ó de las llanuras; Ico-

(2) M. SCAVRÆ D. CVR. EX SC. REX. ARETAS. Un camello y Aretas de rodillas presentando una rama de olivo. En el reverso, P. HYPSÆ D. CVR. C. HYPΣÆ COS. PREIYE (*Preivernum*) CAPTV. Figura en una cuadriga; por debajo un escorpión. Moneda de plata de la familia Emilia.

(3) Cabeza laureada, con una leyenda nabatea. Obolo de plata.

(4) *Cilicia Campestris* y *Cilicia Aspera*.

nio para la Licaonia; Filomelio para la Isauria; Perga para la Panfilia; Laodicea, cuya jurisdicción comprendía veinticinco ciudades; Apamea quince y Síada veintiuna.

El vasto país comprendido entre el monte Amanó, al Norte, y el desierto de Arabia al Sur, vino á formar la nueva provincia de Siria; pero comprendía en sus términos muchos pueblos, dinastas y ciudades, que á la caída de los Seleucidas y después de la derrota de Tigranes, se habían creído independientes, para que Roma hiciera otra cosa en esta región que tomar los derechos de dominio eminente, sin tocar á las libertades locales. Dejó grandes privilegios á aquellas poblaciones, cuyo afecto le era necesario en tan lejana frontera, que de un día á otro podía verse amenazada.

Después de la parte del pueblo soberano, la de los reyes clientes ó protegidos: en recompensa de su parricidio, Far-

naces conservó el Bósforo y compartió con Castor de Fanagoria el título y privilegios de amigo y aliado del pueblo romano.

El tetrarca de los tolistoboyos, en la Galacia, Deyotaro, se había portado con tanta fidelidad como bravura, y en premio de su buena correspondencia, le dió Pompeyo para sus ganados muy buenos prados entre el Halis y el Iris y en las cercanías de las ricas ciudades de Farnacia y de Trapezunta (Trebizonda); y añadió la pequeña Armenia, región montuosa y pobre, pero donde el tetrarca iba á hacer, en interés de Roma, un servicio de vigilancia en la frontera de la grande Armenia.

Brogitaro, su yerno, recibió la fortaleza de *Mitridacio* con un territorio que se extendía á lo largo del límite común del Ponto y de la Galacia (1).

El hijo del vencido de Queronea, Arquelao, fué nombra-



Bósforo Cimerio. Corona de laurel, de oro (2)

do sumo sacerdote de la Comana. Ya hemos dicho la parte que se dió á Atalo en la Paflagonia.

Ariobarzanes había recobrado la Capadocia y Pompeyo le dió encima la Sofena que lo hizo dueño de los pasos del Eufrates. La Gordiena, más al Este, quedaba para Tigranes.

El Selécida Antíoco conservó la Comágena, pequeña provincia, en que los romanos tenían necesidad de un vasallo dócil, por cuanto esta provincia unía la Capadocia á la Siria y dominaba los pasos del Eufrates.

A la orilla izquierda del gran río, el emir de Osroena, Abgar, había aceptado también el carácter de cliente del imperio romano.

Con esto, todas las avenidas del Asia Menor por el alto Eufrates estaban bien guardadas.

Todos estos dinastas seguían siendo sospechosos, aun dándoles recompensa y todo; pero no sucedía lo mismo con las ciudades. Roma estaba encariñada con el régimen municipal, y favorecer las ciudades asiáticas pareció á su procónsul un acto de buena política en aquellos países de la servidumbre. Pompeyo fundó ó repobló hasta treinta y nueve ciudades, cuya situación fué tan bien elegida que todavía subsisten algunas. Declaró libres á la gran ciudad de Antioquía, á orillas del Oronte, y cerca de ella, á Seleucia, que había rechazado enérgicamente todos los ataques de Tigranes; á Gaza en la costa de la Palestina; á Fanagoria

en el Euxino y á Mitilene en el mar Egeo. Cícico, que tan bravamente había resistido y aun rechazado los impetus de Mitridates, recibió en recompensa un vasto territorio, y Heraclea del Ponto, Sínope y Amisos, á pesar de su resistencia á los romanos, fueron levantadas de sus ruinas.

Asistido de los comisarios del senado, Pompeyo escri-



Moneda de Apamea (3)

bió la fórmula de las nuevas provincias, Ponto y Bitinia, Siria, Cilicia; y lo hizo con tal prudencia, discreción y maestría, que dos siglos después, estaban todavía en observancia sus reglamentos. Jamás ningún vencedor había he-

(3) Los ríos Meandro y Marsias, á cuyas orillas estaba edificada Apamea, recostada por debajo de la Diana de Efeso. La cabeza de la diosa está coronada por su mismo templo y tiene dos ciervas á su lado. La inscripción debe leerse así: Publio Aurelio Bacayo, presidente de la fiesta de los apameos; el Meandro y el Marsias. Moneda de Apamea.

(1) Strabón XII, 367.

(2) Esta corona, de ejecución magnífica, está tomada de las *Ant. del Bósforo Cimerio*, p. V, núm. 3.

cho olvidar sus victorias con más beneficios y no se podría admirar demasiado aquel genio de gobierno que preveía tan de lejos las necesidades de los súbditos y las necesidades del imperio. Desde el Euxino hasta el mar Rojo, toda el Asia anterior estaba reconstituida, sin que se la hubiera sometido á aquella uniformidad de administración que provoca las resistencias, porque se opone á las costumbres. Ciudades súbditas de todos los grados, príncipes vasallos, libres repúblicas, todas las formas políticas subsistían en aquel continente y se hacían equilibrio. El reino del Ponto, tanto tiempo amenazador, no existía ya, y la Armenia,

caída del alto rango á que había subido un instante, no era ya más que una barrera contra el grande imperio oriental, el de los partos, que Roma dejaba en pie, porque no podía alcanzarlo.

Habiendo ido á aquel continente después de Sila y de Láculo, no había tenido Pompeyo que dar grandes golpes de mano; pero organizó allí la dominación romana, fijó los límites que el imperio no pudo nunca salvar y de buen grado lo dejaremos preciarse, ostentando su púrpura triunfal, de haber acabado la larga elaboración de la grandeza romana.

CAPITULO LI

IMPOTENCIA DEL GOBIERNO DE LA REPUBLICA

I. — TURBULENCIAS INTERIORES — PRINCIPIOS DE CÉSAR.

En tiempo de Sila, consultados los arúspices toscanos sobre ciertos prodigios, hubieron de contestar que se acercaba una nueva edad del mundo, y que iba á cambiar la forma del universo. No era necesario saber leer en el cielo para ver que en la tierra se preparaba una revolución.

En el espacio de sesenta años se habían hecho dos tentativas en sentido contrario para reconstituir la república, una teniendo en cuenta los intereses populares, otra en favor de los intereses aristocráticos. La primera fracasó porque los Gracos hubieron de confiar demasiado en aquella turba de libertos que habían reemplazado al antiguo pueblo romano; la segunda pareció un momento haber triunfado, porque Sila se sirvió de la única fuerza que quedaba en Roma: la nobleza; pero esta nobleza, que habría podido gobernar el mundo, si hubiera sabido gobernarse á sí misma, se encontró incapaz de conservar el imperio, y Pompeyo le quitó, para recompensar los aplausos populares, parte de lo que Sila le había dado. Era otra restauración indirecta del pasado, un retroceso á los tiempos de Sulpicio y Saturnino, sin más garantías contra el espíritu de facción; era la guerra llevada al Foro: y muy luego estalló. El consulado de Pisón, el año 67, puede contarse entre los que hubo en los peores días de la república.

Un antiguo cuestor de Pompeyo, C. Cornelio, era á la sazón tribuno, y quiso reprimir los préstamos usurarios con que los nobles arruinaban las provincias é impedir que algunos senadores venales dispensaran, en nombre de sus colegas, de la observancia de una ley. Pisón combatió la rogación del tribuno, y murmurando el pueblo, mandó prender á muchos revoltosos; pero la multitud acometió á los lictores, les rompió las fasces y obligó al cónsul á huir del Foro bajo una granizada de piedras. Como su patrono, Cornelio no era un demagogo, y así, despidiendo la asamblea, modificó su proyecto: para sancionar un senadoconsulto que haya de dispensar de la observancia de una ley, será menester la presencia de doscientos miembros á lo menos. Procuró también extender el crimen de fraude electoral á los que hubieran prestado ayuda al candidato incriminado, y formuló contra ellos severas penas.

Pisón, á quien tan mal había salido la violencia, se valió ahora de la astucia: apoderóse de esta ley, á fin de que el tribuno no se llevara el honor que de ella resultara, y á pretexto de que con penas severas no se encontrarían acusadores ni jueces, sólo pidió para los culpables la expul-

sión del senado, la interdicción de los cargos y una multa. También esta vez lo obligó á huir del Foro otro tumulto; pero llamó á sus amigos, volvió con fuerza é hizo pasar la ley.

Apenas salió de cargo Cornelio, cuando los dos comicios lo acusaron de crimen de lesa majestad por no haber tenido en cuenta el veto de sus colegas; pero Manilio, agente de Pompeyo, á la cabeza de una fuerza armada los amenazó de muerte, y huyeron, bajo la protección de los cónsules, á una casa, de la que salieron de noche por los tejados (66).

Así, pues, las luchas á mano armada volvían á empezar: en otro tiempo Licinio Macer acusaba de despotismo al senado; ahora son los cónsules los que echan en cara á los tribunos sus violencias: nobles y pueblo estaban pues igualmente convencidos de su impotencia para gobernar, y no había ya que hacer más que una prueba: la monarquía.

Tres hombres tendían á esta solución: Pompeyo, á la manera de Pericles, por las leyes mismas de su país; Catilina, como los Dionisios y Agátocles, por las conspiraciones y la soldadesca; César, á la manera de Alejandro, por irresistibles seducciones y el ascendiente de su genio. Entre estos tres hombres, vino á ponerse otro que, mejor que su tiempo, creía en la virtud, en el poder de la razón, y no se resignaba á la triste convicción de que no pudiera salvarse la libertad. Cicerón, como Druso, buscaba la salvación de la república, no en la dominación exclusiva de una clase de ciudadanos, sino en la conciliación de todos los órdenes: con uno se traía el despotismo; con dos, la guerra; con tres, la armonía, la paz. Cicerón había contribuido ya á que se devolvieran las judicaturas á los caballeros, y trabajaba en poner de parte de ellos la pública opinión ensalzando en todos sus discursos su imparcialidad y sus servicios. Hubiera querido encadenar á Pompeyo á su causa, y como había comprendido de qué naturaleza era su ambición no había perdonado medio para favorecerla. Fuera de esto, como hombre nuevo, Cicerón necesitaba el apoyo de Pompeyo para hacerse valer: su ambición personal estaba así de acuerdo con lo que él creía ser el interés público.

Otro personaje lisonjeaba también á Pompeyo, y á la sombra de este nombre entonces tan valioso, se hacía lugar en el Estado. Conocemos á Julio César: su influencia en Roma era ya mucha, y no la debía ni á los cargos que había ejercido, pues sólo era pontífice; ni á sus hazañas, pues aun no había mandado; ni á su elocuencia, bien que ya